



PERIODICO PARA TODOS

Administración:
CH 1236 CARTIGNY/GE
Suiza

PUBLICACION QUINCENAL

Subscripciones
Suiza, 1 año . . . Fr. 5.--
Otros países . . . \$ 3.--

La maravillosa nobleza de los caminos divinos

Exposición del Mensajero del Eterno

LOS caminos divinos son sublimes, están siempre en armonía con la ley de las equivalencias. En sus sendas, todo es maravillosamente amable, verdadero y justo interiormente, y lo mismo es exteriormente. Este no es el caso concerniente a las prácticas actuales de los seres humanos. En ellos no hay nada verdadero ni estable. Presentan a menudo una hermosa fachada pero su interior es mezquino y miserable. Los seres humanos destruyen su organismo, porque descuidan la ley de las equivalencias con los sentimientos de su corazón y las acciones que realizan.

En el mundo en general no hay la belleza ni la transparencia del alma; sólo en la escuela de Cristo puede manifestarse esta situación. En ella podemos recibir de nuestro querido Salvador esta maravillosa educación divina que puede transformarnos completamente.

Los seres humanos, pues, se mueven actualmente en densas tinieblas. No pueden reconocer los caminos del Señor, porque son demasiado orgullosos para acercarse a la luz que les es ofrecida noble y generosamente. Incluso temen el amor divino y la verdad.

Es por las mismas razones que los fariseos le tuvieron mucha aversión a nuestro querido Salvador, que sin embargo les traía la verdad y la luz. El sumo sacerdote dijo de Jesús: "Nos conviene que un hombre muera por el pueblo, y no que toda la nación perezca".

El pronunció estas palabras porque se temía que los romanos destruyeran toda la nación. Estos eran los sentimientos de su corazón, pero, sin pensarlo él, sus palabras tenían distinto significado. En realidad querían decir que un hombre daría su vida a favor de toda la nación, para que ésta no pereciera para siempre. Nuestro querido Salvador hacía brillar la luz del evangelio dondequiera que pasaba.

Muchas personas religiosas han discutido acerca del texto del Apocalipsis que dice: "Vi las almas de los que habían sido muertos por causa de la palabra de Dios, y clamaban: ¿Hasta cuándo tardas en vengar nuestra sangre en los que moran en la tierra?". Ap. 6: 9, 10.

Los adventistas, que toman la Biblia al pie de la letra, pretenden que todo se debe comprender a la letra. Un adventista, pues, queriendo probar a un darbista que el alma era mortal, este último le citó dicho texto de Ap. 6: 9, 10, y le dijo: "Usted lo ve bien como está escrito que las almas hablan después de haber sido muertas, es la prueba de que siguen viviendo". Claro está, el adventista que sólo admitía las cosas al pie de la letra, no supo qué contestarle.

El verdadero significado de este texto es muy distinto. Las almas que hablan, citadas en el

texto, son hijos de Dios consagrados, los cuales tienen el ardiente deseo de que venga el Reino de Dios y que su voluntad, como en el cielo, se haga también en la tierra. Aquí, la palabra venganza significa equivalencia.

Habiendo soportado el calor del día al vivir la verdadera consagración, son considerados como decapitados y dicen: "¿Hasta cuándo, Dios justo y bueno, seguirán así las cosas antes que nuestra sangre derramada surta su efecto de bendición para todos los seres humanos de la tierra?"

Los santos consagrados, pues, preguntan: ¿cuándo será que los hombres puedan recibir la vida, como resultado de la equivalencia de la vida sacrificada por Cristo y por la de su pequeño rebaño?

Pero el rescate de los seres humanos caídos fue pagado principalmente por nuestro querido Salvador. Pues él fue crucificado, y antes de morir oró a su Padre pidiendo: "Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen". En efecto, el perdón fue concedido generosamente a todo el mundo.

Por eso las Escrituras dicen: "Todos los pecados cometidos contra el Padre y contra el Hijo son perdonados". Cuando se dice que la sangre de Cristo clama misericordia, pero que la sangre de Abel clama venganza, esto muestra la diferencia entre los que mueren debido a su sacrificio y los que mueren porque otra causa los hace morir. La cuenta de estos últimos queda pendiente y clama venganza.

Por lo tanto, todos deberíamos morir, y así sería de veras, si no hubiera un rescate a nuestro favor. Pero habiendo sido pagada la redención, somos rescatados de la condenación a muerte en la cual estábamos.

La sangre de Cristo nos cubre, y clama misericordia porque la equivalencia fue pagada. Nuestros defectos dan como resultado la degradación y la muerte, porque tenemos a nuestro pasivo cosas que producen maldición, dolor y destrucción. "Ojo por ojo, diente por diente". Hay una equivalencia exacta para el bien que hacemos o el mal que cometemos.

A continuación del texto citado hay esta pregunta: "¿Hasta cuándo, Señor, tardas en vengar nuestra sangre en los que moran en la tierra?" Es decir: "¿Hasta cuándo, Dios justo, tardas en hacer valer nuestra sangre derramada para beneficiar a la humanidad que espera la revelación de los hijos de Dios?" Se les contestó que esperasen hasta que los demás que faltaban aún, para ser decapitados, acabasen de cumplir su sacrificio, para que éste pudiera ser agregado al suyo.

El tiempo de que se trata aquí se manifes-

tó especialmente durante la reforma. Pues en aquella época fue como si un nuevo espíritu lo hubiese vivificado todo. La gran ramera se quedó al descubierto; la bestia recibió tal golpe que casi pereció. Pero intervino un prodigio, y habiéndose curado milagrosamente, la bestia pudo de nuevo seguir su obra.

Hoy estamos en el tiempo en que el número completo de los que deben ser decapitados llega a su término. Entonces ya es dada la maravillosa ley divina y estamos al principio de la introducción del Reinado de la Justicia, la restauración de todas las cosas de que habló Dios por boca de todos sus santos profetas.

Nos damos cuenta así de que todo lo que estaba anunciado se está realizando. Por tanto, nos regocijamos de que se cumpla la Palabra del Eterno. Conviene recordar siempre que la Biblia es solamente Palabra de Dios cuando la anima el espíritu de Dios.

Vemos también en el Apocalipsis, en el capítulo 11, a los dos testigos que hacen sufrir a los hombres durante cierto tiempo. Estos son el nuevo y el antiguo pactos, llamados erróneamente antiguo y nuevo testamentos. Los dos pactos no son de ningún modo llamados así en el texto original.

¿Por qué los dos testigos hicieron sufrir a los hombres? Simplemente porque ciertas personas interpretaron mal la Biblia, y las hubo que se sirvieron de los dos testigos (o sea de la Biblia) para hacer sufrir a la humanidad. En efecto, el capítulo 11 del Apocalipsis dice que esos dos testigos hicieron sufrir al mundo durante 1260 días. Después los mataron, es decir que, en aquella época, combatieron la Biblia con saña, y prohibieron generalmente su lectura.

También está mencionado que habiendo de repente entrado el espíritu de Dios en los dos testigos, se levantaron y empezaron de nuevo a profetizar. Esto significa que, por medio del poder del espíritu santo, fue posible comprender el lenguaje de los dos testigos y lo que ellos querían decir en realidad.

Así también podemos comprender el significado de estas palabras: "Vi las almas de los que habían sido decapitados por causa de la palabra de Dios". El Señor Jesús declaró que nadie podía ser su discípulo si no renunciaba a sí mismo, tomaba su cruz y le seguía.

Por supuesto que todos los hombres son egoístas. Para ser discípulos de Cristo deben llegar a ser altruistas en un sentido mucho más elevado que el que suelen darle generalmente a esta palabra. En efecto, un altruista llega al completo sacrificio de sí mismo. Este es el altruismo que vivió nuestro querido Salvador, gracias al cual fue pagado el rescate del mundo entero.

En el capítulo 33 de Job, encontramos este pasaje que dice: "Cuando el hombre está enfermo en su cama, no le apetecen los manjares más finos y más exquisitos, porque los síntomas de la muerte aparecen en él, y está a punto de descender a la fosa su estado es desesperado. Pero si uno entre mil, un mensajero intercesor le muestra al hombre el camino que debe seguir, Dios le dice: Líbralo de la fosa, porque he hallado un rescate".

El rescate había de ser pagado, y lo fue en primer lugar por nuestro querido Salvador; después de él vienen los que son decapitados a causa del testimonio de Jesús. Estos últimos participan en el rescate como miembros del cuerpo de Cristo, a causa de la sublime benevolencia divina que les ha permitido asociarse al Cordero de Dios en su obra de sacrificio.

En esto vemos cuán gloriosos son los caminos del Eterno. El apóstol Juan dice que Dios es amor. En efecto, en la formación de su plan se manifiesta la expresión de su inmenso amor. Todos sus caminos sólo consisten en benevolencia, misericordia y generosidad.

Los pobres seres humanos, y los ángeles caídos, pueden unos y otros esperar en una total restauración, a causa de la sangre derramada en la cruz por nuestro querido Salvador.

El Señor Jesús, que podía tomar una forma humana sin nacer de la virgen María, permaneció durante nueve meses encerrado en el seno de su madre para poder rescatar a los ángeles caídos de sus tinieblas.

A este respecto, el apóstol Pedro dice del Señor Jesús que durante sus nueve meses de encierro en el seno de María fue a predicar a los espíritus en las tinieblas; es decir, que pagó así la equivalencia de sus faltas.

En efecto, el castigo de los ángeles caídos no consistía en la muerte, sino en la condición de tinieblas en la cual se encuentran ahora. He aquí por qué se efectuó de esta manera el pago hecho por nuestro querido Salvador.

Por lo tanto, todos los hijos de Dios que se asocian a la obra salvadora de nuestro querido Salvador, son todos llamados a ser decapitados, al vivir completamente la verdad. Esto les permite comprender el plan divino con absoluta claridad y realizarlo a la gloria del Eterno.

Podemos darnos cuenta de que con un espíritu egoísta es imposible reconocer los caminos del Señor; pues sólo llegaríamos al mezquino resultado de practicar una religión, lo que no es para nada divino. Todos los hombres buscan la salvación de una manera egoísta. Ahora, como el egoísmo es lo que precisamente les procura la maldición, es seguro que no es siguiendo esa dirección como pueden obtener la liberación.

Se nos ofrece la salvación, pero para poder realizarla, es preciso tener la sensibilidad requerida, la mentalidad de una buena conciencia. Una buena conciencia es una conciencia afinada, la cual reacciona rápidamente y se encuentra bajo la amable y benéfica acción de la fe, con el poder justificador de la sangre del Cordero de Dios.

No debemos violar nuestra conciencia. Pues si no la dejamos expresarse, pierde su sensibilidad y acaba por no reaccionar más; entonces nuestra situación viene a ser terriblemente peligrosa. Cuando la conciencia está completamente endurecida, el mal es irreparable; por lo tanto, es preferible pasar por todas las humillaciones que puedan presentarse.

Cuando hemos cometido cosas reprobables, es preciso confesar nuestras faltas, pedir perdón,

contando con la sangre del Cordero de Dios. En todo caso, nunca debemos violar nuestra conciencia con mentiras e hipocresía, porque entonces desaparecen la clara percepción y la delicadeza de los sentimientos.

Sólo con sentimientos altruistas podemos tener comunión con el Eterno. Salomón dijo con razón: "El que ama la limpieza de corazón, tiene al Rey por amigo." Nuestro querido Salvador declaró también en las bienaventuranzas: "Bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios"; es decir que serán capaces de reconocer la gloria del carácter del Eterno en los caminos divinos. Para nosotros, pues, es de absoluta necesidad ejercitarnos en la limpieza de los sentimientos.

El Eterno nos estimula a ser de aquellos que son muertos por el testimonio de Jesús. Nos dice que oremos por los que nos persiguen, que no nos defendamos, y si nos hieren en la mejilla derecha, que presentemos la otra.

Antes no lográbamos comprender la razón de semejante línea de conducta para un hijo de Dios. Actualmente, con el conocimiento de la verdad, hemos recibido una gloriosa luz que nos muestra la belleza de la ley divina y el programa del Eterno.

Por lo tanto, es con conocimiento de causa que seguimos adelante; sabemos adónde vamos y no vagueamos más a la ventura. Comprendemos bien el lenguaje mediante el cual nos habla el Señor; ya comprendemos ahora claramente que los decapitados por el testimonio de Jesús son los que ya no siguen su propio camino, sino que se asocian a la obra de nuestro querido Salvador.

Tenemos el privilegio de beneficiarnos de la sangre propiciadora del Cordero de Dios que nos justifica continuamente y nivela nuestros déficits. No obstante, si bien es verdad que continuamente somos equilibrados por medio de la justificación viniendo de nuestro querido Salvador, es con objeto de que podamos entrar en su escuela y mantenernos en ella.

Todo el tiempo que, por la fe, aceptamos la sangre de Cristo para cubrirnos, podemos permanecer en esta maravillosa escuela. En cambio, tan pronto como rehusamos la sangre de Cristo, salimos de su escuela y nos encontramos de nuevo en las tinieblas.

Los caminos divinos son grandiosos, amables y de una benevolencia infinita; consisten en vencer el mal con el bien en todas las direcciones, y en vencer la muerte con la vida. Cuando ocurre un accidente en nuestro cuerpo, podemos observar cómo el organismo se dedica a reparar enérgicamente el mal intervenido; trabaja con todas sus fuerzas hasta que el peligro haya sido extirpado.

Cuando respiramos polvos, los epitelios los detectan enseguida y desempeñan su cometido, que consiste en eliminarlos. Desde luego, no conviene sobrepasar la medida de sus posibilidades, porque entonces no sería más posible restablecer el equilibrio. Pues el organismo estaría demasiado afectado y no podría suministrar el esfuerzo necesario.

En cuanto a nosotros, espiritualmente es lo mismo. No podemos ayudarnos nosotros mismos, sino que hace falta que seamos mantenidos en equilibrio por la fe en el rescate de nuestro querido Salvador, de cuyo pago nos beneficiamos. Si queremos formar parte del real sacerdocio, de los miembros del cuerpo de Cristo, debemos ser inmolados con él, ser decapitados por el testimonio de Jesús. Esto desde luego requiere realizar la fe.

Al haber sido nuestro carácter completamente falseado al servicio del adversario, no está de acuerdo con los caminos y los principios divinos. A pesar de que nos agrada mucho ser tratados con benevolencia, que perdonen nuestras faltas y nuestras maldades, es otra cosa cuando se trata de realizar nosotros mismos esta línea de conducta legal. Pues tenemos más bien tendencia a reclamar y a conservar en nuestro corazón un sentimiento amargo contra quien nos haya ofendido.

Nos entusiasma ver la conducta tan noble de nuestro querido Salvador. Admiramos también a Esteban en su testimonio; pero ¡cuánto trabajo nos cuesta dejarnos inmolados cuando se presenta la ocasión de vivir nuestro sacrificio y de ser decapitados por la justicia!

Mientras estemos aun parcialmente bajo la influencia del espíritu que nos guiaba antes de entrar en contacto con la gracia divina, es imperiosamente necesario que obremos siempre según los principios divinos y no nos abandonemos a nuestros impulsos. En efecto, la mayoría de las veces, los impulsos son dictados por nuestra antigua mentalidad y no por la nueva criatura.

Cuando hayamos cambiado de carácter, y que los principios divinos estén verdaderamente inscritos en el fondo de nuestro corazón mediante una práctica sincera, cuando todo el mal haya sido extirpado de nuestra alma, entonces podremos obrar sin temer los impulsos. Pues entonces nuestros pensamientos, palabras y actos respirarán el espíritu del Reino de Dios; todos estarán bajo su control.

El carácter del Eterno es maravilloso. No es frío, ni afectado, sino que está lleno de impulsos amables, nobles, generosos, todos para el bien y la bendición. Desde luego, este no es todavía el caso para nosotros actualmente. El Eterno tiene vibraciones de gozo y de entusiasmo. Sofonías dice que Dios tiene transportes de alegría cuando ve los efluvios de nobleza que salen del pequeño rebaño y sus esfuerzos por realizar su ministerio.

¡Cuánto nos estimula esto a hacer lo necesario a fin de que seamos un gozo, una fuente de dicha para el Eterno y su Hijo muy amado! Es a esto que queremos tender con todo nuestro corazón, esforzándonos en glorificar al Eterno con ardor y entusiasmo por medio de nuestra línea de conducta.

Preguntas para el cambio – del carácter –

1. ¿Hemos combatido nuestro egoísmo, sido generosos, valientes en la lucha, y atraído al espíritu de Dios con buenos sentimientos?
2. ¿Es nuestra fe viva, nuestro amor veraz, y vivimos el ministerio de un decapitado por la causa de Jesús o el de la santa Milicia?
3. ¿Hemos sido honrados, progresado en la dulzura, la humildad, y escuchado los dictados de nuestra conciencia?
4. ¿Hemos puesto a un lado los intereses personales, limpiado nuestros sentimientos, sido agradecidos y un motivo de alegría?
5. ¿Hemos devuelto siempre bien por mal, amado en toda ocasión, sido pacientes, llenos de fe y traído buenas impresiones?
6. ¿Hemos podido dominar nuestros antiguos impulsos, entusiasrnos por la ley divina, reaccionar siempre con el bien?